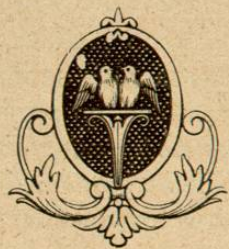


traños y la vuelta á las gloriosas tradiciones del siglo XVII; pero si con su buen sentido se libra de los escollos en que dió después la fanática exageración, con su timidez se privó de la corona inmarcesible que estaba reservada al autor de *El moro expósito*.



CAPÍTULO VIII

TRIUNFO DEL ROMANTICISMO

El Duque de Rivas ¹.

No es infrecuente ver en toda clase de contiendas convertido en jefe de un bando al que fué sostén del opuesto. Cuando la agria y reñida que sostuvieron en España los clásicos con los románticos, tenían muy buena explicación semejantes conversiones en la fuerza arrolladora del nuevo sistema y en el descrédito á que vino su contrario. El romanti-

¹ Nació en Córdoba el 10 de Marzo de 1791. Hechos sus primeros estudios, en los que despuntó muy pronto su afición á la poesía, se consagró á la carrera de las armas. Conocido al estallar la guerra de la Independencia, así por su ardiente patriotismo como por sus exaltadas ideas liberales, del uno y las otras dió repetidas pruebas en sus obras literarias y en su vida pública. Cuando el famosísimo dictamen sobre la enajenación mental de Fernando VII vió seriamente comprometida su existencia, teniendo que huir emigrado á Inglaterra, de donde regresó á Gibraltar. En 1825 pasó á Italia; y no pudiendo establecerse en los Estados pontificios vino á refugiarse en Malta, y allí permaneció hasta que los primeros rumores de la revolución de Julio le decidieron á partir para Francia. En 1834, y con motivo de la amnistía general, pudo ya establecerse en Madrid, donde hizo representar al año siguiente su *Don Alvaro*. Encargado de la cartera de Gobernación en el Ministerio presidido por el Conde de Ofalia, hubo de

cismo se producía como vindicador de la literatura verdaderamente española, contaba por otra parte con el prestigio de la novedad y con el brío de sus defensores; y mientras á cada paso engrosaban sus filas muchos y muy considerables defensores del antiguo doctrinal, ninguno obraba en dirección opuesta, acelerándose por este camino la victoria, un tiempo problemática é indecisa.

De este modo se concibe que uno de los más aventajados imitadores de Quintana, así en las odas de alto vuelo como en las acompasadas tragedias, escribiese más tarde *El moro expósito* y *Don Alvaro*.

huir á Cádiz en 1837 á consecuencia de los sucesos de la Granja. Más tarde se le nombró ministro plenipotenciario de España en Nápoles, regresando en 1850, y desde entonces se retiró á la vida privada hasta su muerte, que acaeció en Madrid el año 1865, siendo Director de la Academia Española.—Entre las muchas biografías que existen del autor de *Don Alvaro*, merece particular mención la que escribió Pastor Díaz para la *Galería de españoles célebres contemporáneos*, reimpresa en la colección de sus *Obras* (tomo III, Madrid, 1867). Una hay de todas las del Duque (*Obras completas de D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, de la Real Academia Española, corregida por el mismo*) distribuida en la forma siguiente:

Tomos	I. Poesías sueltas y poemas cortos.	} 1854. Madrid, 1855.
»	II. El moro expósito.	
»	III. Romances históricos y leyendas.	
»	IV. Teatro.	
»	V. Prosas.	

Entre las monografías existentes sobre el insigne poeta recordaré la de Carlos de Mazade (*Le Duc de Rivas*), inserta en la *Revue des deux mondes*, y el *Discurso necrológico literario en elogio del Excmo. Sr. Duque de Rivas, Director de la Real Academia Española, leído en la junta pública celebrada para honrar su memoria por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, Académico de número* (Madrid, 1866). Haciendo más que de otra cosa el oficio de panegirista, va consagrando D. Manuel Cañete al que fué su amigo y compañero tres diferentes estudios: uno para las *Obras completas* del mismo Duque, que va al frente del primer tomo tras la biografía de Pastor Díaz, otro incluido en los *Autores dramáticos contemporáneos*, y por fin, el más reciente, que, formado de los dos anteriores con aditamentos y enmiendas, encabeza la serie de *Escritores españoles é hispano-americanos* que comenzó á publicar en 1884. Don Juan Valera ha juzgado en repetidas ocasiones las obras del Duque de Rivas, y últimamente, y con amplitud, en la revista *El Ateneo*. (Tomo I, año 1888.)

Para que en tan ilustre ejemplo se adivinen otros de menos significación no he querido mencionar al Duque de Rivas entre los poetas clásicos que vivieron á principios del siglo presente, dejando para este lugar la apreciación de todas sus producciones literarias; pues colocando las inspiradas por el clasicismo á par de las que le dieron eterna fama, aparecerá más clara su diferencia, por no decir su mutua oposición.

El ilustre autor de *El moro expósito*, cuya incipiente musa se ensayaba en preludios pastoriles y anacreónticos, impregnados de no sé qué embargante y dulzona melosidad, alcanzó también los mejores días de Quintana, Lista y Gallego, imitando cuidadosamente al que entonces recibía el dictado de Tirteo español, y encargando la revisión de sus poesías al cantor del Dos de Mayo.

Hay en ellas, sobre todo en las patrióticas *A la victoria de Bailén, Napoleón destronado, España triunfante* y otras por el estilo, gran calor de alma, con una robustez en el pensamiento y en la forma que atenúan sus defectos, no pocos ni de escasa entidad, pero bebidos al fin en el modelo. En aquellos días de exaltación irreflexiva leíanse con avidez las peores composiciones del joven poeta, que corriendo de mano en mano, y merced á la ignorancia ó al número de sus encomiadores, le granjearon no escasa fama, hasta que con ellas, y algunas más vaciadas en el mismo molde, pudo formar un volumen que se publicó en 1813.

Un año después escribió su tragedia *Ataulfo*, prohibida por la censura, y á la que siguieron *Aliatar* y *Doña Blanca*, con la propia sujeción á los cánones de la preceptiva al uso.

De este tiempo es un poema descriptivo, *El paso honroso*, que, si bien compuesto en octavas reales, anuncia ya, por la gallardía y el desembarazo de la narración, al poeta admirable de los *Romances históricos*. Como descendiente del Suero de Quiñones ideal-

zado por la leyenda, merecíale el asunto predilección grande, y es lástima que no lo haya exornado con las galas que su inexperiencia le negaba, y que derramó más adelante con profusión en otros menos socorridos ¹.

Era esto en la segunda época constitucional, cuando las opiniones políticas habían roto todos los diques, corriendo á pasos agigantados hacia la más revuelta anarquía. Mozo bienquisto entre los del bando liberal, con la gloria de mártir que se granjeó entre aquellos cándidos por la prohibición de *Ataulfo*, lanzóse de nuevo el futuro Duque á la arena del teatro, y lo hizo con una obra en que desde luego podía prometerse el triunfo. ¿Cómo no había de regalar los oídos á los tribunos y á la plebe de aquellas calendas el mágico nombre de *Lanuza*? Por otra parte, no era Angel Saavedra el liberal moderado del año 36, sino el furibundo doceañista que juraba por la Constitución de Cádiz con todo el fervor de Muñoz Torrero, de Alpuente ó Alcalá Galiano, y su tragedia se convirtió en arma de partido, logrando casi tanta popularidad como el himno de Riego. Para celebrar las grandezas del famoso Código, en las fiestas patrióticas de Madrid y provincias era elemento obligado y principal la representación de *Lanuza*, y sus frases, recibidas con aplauso por parte de los más doctos, electrizaban á la ignorante muchedumbre, que salía de allí animada para dar un ¡viva! al Ministerio exaltado, unido con el sonoro «¡Trágala!»

Aquella situación pasó con la rapidez de un sueño, y sus más conocidos jefes fueron desterrados de España apenas entraron los cien mil hijos de San Luis en auxilio de Fernando VII.

¹ *El paso honroso* se imprimió por primera vez entre las *Poesías de D. Angel de Saavedra* (segunda edición, dos tomos en 8.º, Madrid, 1820-21, tomo II).

No otra suerte le cupo al autor de *Lanuza*, cuya forzada emigración modifica notablemente sus opiniones literarias. Las que antes tenía se dan bien á conocer en los múltiples ensayos de que he hecho breve examen, y eran las del más infecundo servilismo, las de Boileau y Voltaire, las de Moratín y Quintana. Apenas conocía á los modernos poetas ingleses y alemanes; de los franceses, á Chateaubriand y algún otro. Ni es esto culpar al Duque de Rivas, hombre de entendimiento flexible y, para lo que entonces se estimaba, muy erudito, sino á la secta en que se había afiliado, secta guiada por el fanatismo más ciego, así en política como en literatura. A él, en fin, no le debían de ser tan completamente ajenas las obras románticas, bien fuese por los artículos de Böhl de Faber, bien por las pocas y malísimas traducciones que de ellas corrían, cuando, al partirse para Inglaterra, pudo escribir la *Despedida* (ó por otro nombre *El desterrado*), que algunos consideran como preludeo á las audacias del más abierto romanticismo.

A otra poesía compuesta en Londres le corresponde esa gloria por razones más concluyentes. *El sueño del proscrito* ¹, á la que llama D. Eugenio de Ochoa «sueño vago y sombrío, inspiración ossiánica, empapada en las nieblas húmedas del Támesis», manifiesta una ruptura decisiva con los severos cánones de Boileau, y además de esto, que no es poco, palpita en sus ardientes estrofas aquella ola de fuego que más tarde había de inflamar á otros poetas españoles. Por lo mismo juzgo impropio el calificativo de *ossiánica*, que, si conviene á dicha composición por su melancolía é idealismo, le repugna abiertamente por su alada espontaneidad y su variadísima estructura. Con ser bastante descuidada é irregular, bien merece que trans-

¹ La incluyó Salvá con otras varias del mismo autor en la edición que hizo de *El moro expósito*. (Paris, 1834.)

lademos aquí alguna muestra para dar solidez á estas afirmaciones:

¡Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacías!
¡Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ansias mías?
¡Ay! Los fugaces cuadros que mi mente
Ha un instante en tus brazos contemplaba
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba.
¿Y todo fué ilusión? Vuelve halagüeño,
Vuelve ¡oh consolador, oh ansiado sueño!
Por tu mágico influjo llevado
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de llanto y de sangre inundada,
No cubierta de luto y de horror,
Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracán bramador.

Las dos estrofas primeras no estarían mal en una elegía de Meléndez, y nada tienen de nuevo ó inaudito; pero su combinación con las siguientes, la variedad de metros que las distingue, muelle y pausado el uno, rápido el otro, todo esto junto en una composición subjetiva, con el correspondiente desaliño en las formas, hubiera excitado la bilis de aquellos preceptistas que, siendo tan excelentes gramáticos como torpes críticos, sólo hacían caudal de los defectos menudos.

No quiero tratar de infundada la censura, pues la justifican las reglas del buen gusto y el mismo empeño de los románticos en quebrantarlas por quebrantarlas; pero no puede negarse que este empeño era universal y de escuela, demostrando que *El sueño del proscrito* pertenecía ya á otra muy distinta de la pseudo clásica. No fué completa, sin embargo, la conversión del Duque, pues aún volvía los ojos amorosamente á sus antiguos ideales en la tragedia *Arias Gonzalo*,

escrita en Malta después de *Florinda* y con la propia estrechez de miras que *Lanuza* y *Ataulfo*.

Quizá no se atreviera á una reforma tan material y tangible como la de las tres unidades por instinto de educación literaria y por evitar la nota de inconsecuente, mientras abrazaba el nuevo espíritu en sus poesías líricas por ser el tránsito menos visible, aunque más seguro y reflexivo. No cabe desconocerlo en la bellísima que consagró *Al faro de Malta*, y en la que armonizan el arrebató y vehemencia de la expresión con la naturalidad del sentimiento.

Parece extraño que empleara su autor el verso suelto, más propio de la antigua escuela, dando de mano á la rima, que tanto progresó con la aparición del romanticismo; pero exceptuando esta anomalía, que es de pura forma y escasa significación, no aparecen allí huellas de numen quintanesco ó moratiniano. Cuando habla así del faro de Malta,

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,

y más adelante:

Tú con lengua de fuego: *aquí está*, dices (*el puerto*),
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á numen bienhechor te adora
Y en ti los ojos clava;

cuando así habla, el poeta ha roto las ligaduras de la imitación.

Hay luego una semejanza tan hermosa como característica. Mil veces habían comparado los poetas con la antorcha que luce en la obscuridad y el faro que brilla en lontananza, las benéficas inspiraciones de la razón entre las tinieblas del vicio: aquí, en vez de iluminar con ejemplos de la naturaleza física las profundidades del alma humana, el orden es completamente inverso.

Algo semejante cabe decir de este otro símil:

Y fuiste á nuestros ojos la aureola
Que orna la frente de la santa imagen
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

No eran el ardor é intensidad líricos las prendas culminantes del Duque de Rivas, y aun por eso hay tan poco donde escoger entre sus poesías sueltas, sin exceptuar la consagrada *A la vejez*, ni la *Meditación* dirigida al poeta italiano Campagna. Las *Epístolas jocosas* que desde Nápoles escribió al Marqués de Valmar¹ están trazadas con la precipitación y el confiado abandono de las cartas familiares, pero en los decaimientos de estilo subsiste la fácil é inagotable vena andaluza, pródiga en chiste y en saladísimas ocurrencias.

Sucede con la composición *Al faro de Malta* respecto á las líricas del autor, lo que con el *Don Alvaro* en las dramáticas: su relevante mérito eclipsa el de las demás, y cierto que no es la de poeta lírico la mayor gloria del ilustre Duque, como él mismo llegó á comprenderlo desde que los consejos del erudito Mr. Frère le mostraron abierto el camino de su verdadera vocación en las tradiciones de la historia patria. La sangre que corría por las venas del noble desterrado; su vida borrascosa y aventurera; el recuerdo de las antiguas glorias españolas, y aun de aquellas consejas populares tenazmente grabadas en su fantasía desde que las había leído y oído referir con la credulidad de los primeros años; la ingénita propensión al género narrativo, que se tradujo desde luego en más de un ensayo, y quizá también el ejemplo de los poetas ingleses como

¹ Sólo una de ellas figura en la colección de sus *Obras*: otra hay inserta en el *Album poético español* (Madrid, 1874), publicado por *La Ilustración Española y Americana*.

Walter Scott y R. Southey, determinaron al Duque de Rivas á emprender un poema en que revivieran las hazañas del *Romancero*, cubiertas por el polvo de los siglos, y á abrillantar la tragedia del bastardo Mudarra, el vengador de su familia, tosca y enérgicamente bosquejada por los cronistas y poetas antiguos. De esta aspiración nació *El moro expósito*, obra de bastante extensión, pero que ni en su carácter, ni en su argumento, ni en su material estructura, se parece á la epopeya clásica. El carácter es novelesco, con mezcla de elevación lírica; el argumento tradicional y legendario; la estructura desusada, mas no irregular ni caprichosa. La trágica muerte de los infantes de Lara y los sucesos con ella enlazados forman un cuadro extenso, en cuya ejecución apura el poeta todas las tintas, pasando con rapidez de una escena á otra, de un rasgo al opuesto, de unas en otras situaciones, siempre con maestría y aparente desorden. De los hechos, algunos resultan enteramente episódicos; pero si entorpecen la acción, la entorpecen distrayendo la fantasía con nuevas y sorprendentes decoraciones. Córdoba, la ciudad de los Califas, con su opulencia asiática, sus encantados palacios, sus orgías y su abigarrada perspectiva, al lado de Burgos, la ciudad levítica por excelencia, morada de los célebres Condes, con su nobleza sin segunda, sus insignes recuerdos y religiosa severidad: éste es el fondo sobre que se destacan las figuras de Gustios de Lara y Ruy Velázquez, de Giafar, Kerima y Mudarra, con otras accesorias.

De la acción ya dijo el malogrado Enrique Gil que «peca de escasa y aparece un tanto desleída; las narraciones están empleadas con profusión, y en cierto modo estorban y detienen su curso, y finalmente, á un no sé qué de confuso más que de enredoso en el plan, se añade cierta monotonía y falta de individualidad en los caracteres principales, que, si se exceptúan Gustios de Lara y Ruy Velázquez, se acercan más de lo que

debieran á un perfil común!.» «Tampoco el desenlace nos parece bien preparado y traído, ni cuadra con la entonación y colorido poético de toda la obra», prosigue E. Gil, formulando una acusación que también hacen Mazade y otros críticos, á mi ver con entera justicia, á pesar de las observaciones del Sr. Cañete. ¿A quién no asalta un disgusto espontáneo al ver cómo Kerima rechaza la mano de su prometido, después que con tanta ansia se va aguardando el crítico momento? Y al fin, si se moviera por sola la justa ó injusta aversión hacia el involuntario asesino de su padre, pudiera haber alguna disculpa razonable; pero el autor parece ofrecernos esta resolución como inspirada por la mojigatería y el carácter irresoluto de una mujer bastante perjudicada con este rasgo: lo mismo ni más ni menos que la leyenda entera.

En lo que toca á vindicar al Duque de Rivas, es celoso el Sr. Cañete hasta un extremo casi pueril: por eso quizá creyó ver un ataque injusto á la originalidad omnimoda de *El moro expósito* en estas palabras del mencionado Enrique Gil: «Si algún modelo tuvo el autor delante, tal vez fué á buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama *novelas* poéticas, pues en la literatura patria ninguno de los asuntos tratados en los romances presenta el conjunto y la intención que desde luego se echan de ver en *El moro expósito*.» Sin embargo, esta conjetura no parece del todo infundada como se limite á la semejanza del género en absoluto, ateniéndose á la diferencia radical de ejecución, que aquí ni se afirma ni se desconoce; y por otra parte, ningún título más adecuado á la obra del poeta español que el de novela en verso, ó si se quiere, epopeya local basada en la tradición.

¹ *Romances históricos*, por D. Angel Saavedra, Duque de Rivas; artículo publicado en *El Pensamiento* (tomo I, 1841), y reproducido entre las *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco* (tomo II, págs. 146-165. Madrid, 1883).

El moro expósito pasa en la apreciación de algunos críticos como la primera manifestación del romanticismo en España; mas contrayéndonos al romanticismo legendario, no puede admitirse el aserto sin algunas restricciones, ya que *El paso honroso* y *Florinda*, poemas que escribió su autor algunos años antes, pertenecen al mismo género que *El moro expósito*, y no cabe atribuir al último una gloria que, por lo exclusiva, sería injusta. Respecto de las posteriores leyendas románticas, quizá puede considerarse como obra de transición. Le falta el naturalismo embriagador de Arolas, la energía lúgubre de Espronceda, la magia inimitable de Zorrilla; y sin determinar el valor absoluto de cada uno, y si les excede ó no el autor de *El moro expósito*, basta señalar la diferencia que de ellos le separa, diferencia bastante considerable en mi sentir.

Su parte le toca en ello á la forma métrica del romance endecasílabo, que, sobre fatigar con su constante monotonía, no es muy á propósito para la descripción, y descubre bien cuán honda huella imprimieron en el ánimo del autor sus antiguas aficiones, cuando no acertó á olvidarlas en cosa tan racional é insignificante.

No cabe decir lo mismo de sus *Romances históricos*, que llamaré sueltos para distinguirlos de los coleccionados en forma de poema. Algunos escribió antes de dar á la estampa *El moro expósito*; la mayor parte después de representarse el *Don Alvaro*, y cuando le pusieron en forzoso retiro los sucesos de la Granja anteriores á la Constitución del año 37¹. Nueva era la tentativa del Duque; porque si es cierto que el romance, la forma métrica más española, no había sido menospreciada por los discípulos de Luzán, antes bien le dieron la preferencia en el teatro; pero no

¹ La primera edición de los *Romances históricos* salió á luz en Madrid el año 1841.

era el suyo el romance antiguo, nacido en el pueblo y destinado á celebrar sus glorias y tradiciones, ni era tampoco el de Góngora y demás poetas cultos del siglo XVII, sino otro almibarado y enteco que, á lo sumo, imitaba los más subjetivos del Romancero castellano.

Los romances históricos del Duque de Rivas forman un panorama extenso, rico y variadísimo, donde está escrita en páginas de oro la historia de la antigua España; ya cuando ponen ante los ojos con pintoresca vivacidad de colores los sucesos culminantes de una época, dándola á conocer con tanta perfección como podría un volumen atestado de minuciosos pormenores, ya cuando presentan un carácter típico, juntando en él los caracteres todos de la especie, esculpiendo lo que dicen y haciendo adivinar lo que no dicen. Al primer grupo pertenecen, entre otros, *Una antigualla de Sevilla*, *El alcázar de Sevilla*, *Don Alvaro de Luna*, *La victoria de Pavia*, *El Conde de Villamediana* y *El fratricidio*, cuadro este último donde los vigorosos monosílabos del Rey D. Pedro, los lúgubres

escombros que han perdonado,
para escarmiento del mundo,
la guadaña de los siglos,
el rayo del cielo justo;

la astucia cobarde del fratricida, la venal conducta de Claquín, los blasfemos conjuros de la soldadesca y la noche cruda de Marzo, llenan la fantasía de indelebles recuerdos. El tipo tan maravillosamente legendario de D. Pedro I de Castilla figura nada menos que en tres distintos romances, los primeros de la colección, aunque más con el carácter de cruel que no con el de justiciero consagrado por la tradición popular y el Teatro español del siglo XVII. De muy diverso modo nos admiran Colón con sus heroicidades y su anhelo por dar cima á una idea inspirada por el mismo Dios, y los

bravos de Bailén, humillando en desigual combate al gigante de cien brazos, compuesto de *hombre, ángel y demonio*.

En los romances, digámoslo así, típicos, ¿quién no ha parado los ojos en el altivo Conde de Benavente, en el castellano leal que no quiere recibir la Orden del Toisón *por ser Orden extranjera*, y que, si obedece á su Rey cuando le manda aposentar en su palacio al Condestable de Borbón, sabe entregarle al fuego para purificar sus aposentos? ¿Quién no se descubre ante el D. Alonso de Córdoba de *Amor, Honor y Valor*, genuina representación de la antigua nobleza castellana, que tan generosamente sabía reparar sus extravíos y con tan escrupuloso celo cumplía con las inspiraciones de su conciencia?

La grandeza de los asuntos rivaliza con lo acabado de la descripción, que en el Duque de Rivas es siempre majestuosa y exacta, algunas veces dura y áspera, nunca innoble ni femenil. Y aun por eso se apartan sus *Romances históricos*, tanto ó más que sus poemas, de cierto romanticismo legendario que se alimentó con sorprendentes ficciones, con orientales sueños, con raptos y galanterías, con tradiciones obscuras y por lo común horripilantes; el romanticismo del insigne Duque es el llamado histórico, y, como engendrado por el espíritu nacional, es de grave y severo porte, y vive en la realidad como en su propia atmósfera¹.

¹ Con todo, el Duque de Rivas no se pierde nunca, por amor á la historia, en ciertas prolijidades nimias, ni gusta de la técnica fabril ó indumentaria. Por vía de confirmación daré cabida en esta nota á una curiosidad literaria que refiere en la última edición de sus *Poesías* el señor Marqués de Molins. El fué quien escribió el precioso *Romance* que, entre otros de varios autores y firmado por *El Duque de Rivas*, aparece en el *Romancero de la guerra de Africa*, dado á luz por el propio Marqués. Como obra del Duque le tuvieron todos; pero no hizo sino comenzarle, corrigiéndole en la forma que se verá. Después de notar dos enmiendas que no hacen al caso, añade el Marqués de Molins: «Hacia el final de la composición leía yo estos versos: